

## DOMINACION DE LOS PELUCONES

La Constitución de 1833 habría sido una obra estéril e inútil como las que la habían precedido, si para darle cumplimiento y hacerla respetar no hubiera existido un partido poderoso y disciplinado que, compuesto de todo lo que el país encerraba de más responsable y de más culto, profesó durante largos años a nuestro código fundamental una veneración y un respeto que hoy han llegado a ser tradicionales. Aquel partido cuyo único fin fué la organización definitiva del país y el término de la anarquía, llegó a adquirir entonces, como fisonomía propia, su firme propósito de conservar las fuertes y vigorosas instituciones con que los constituyentes de 1833 habían dotado a la República. Tal partido fué el formado por los viejos conservadores o pelucones, partido que es necesario no confundir con el que hoy lleva el mismo nombre.

Históricamente los pelucones no tenían representantes en nuestra vida pública anterior a 1830; los elementos heterogéneos que impulsaron la revolución que terminó la era de los pipiolos fueron fundiéndose y amalgamándose

bajo la mano poderosa de Portales, y muchos de los mismos vencidos de Lircay no tardaron en plegarse a un gobierno que daba garantías de estabilidad y progreso.

Las cuestiones teológicas, que tanta importancia han tenido más tarde, no se encontraban entonces sobre el tapete de las discusiones. El partido conservador no tenía el aspecto religioso que tiene hoy el que ha heredado su nombre más no su espíritu; muchos de sus jefes, incluso el mismo Portales, distaban mucho de ser creyentes, y por el contrario entre sus enemigos no faltaba una parte del clero. Esto era completamente lógico; el gran problema nacional de entonces era la regeneración del país y no era necesario preocuparse mucho sobre la actitud que debíamos adoptar frente a la Iglesia.

Los hombres públicos de entonces tuvieron el buen sentido de apartarse de estas cuestiones bizantinas, ordinariamente estériles y perturbadoras del criterio de la multitud, que exaltan las pasiones de la ignorancia sin provecho para el país. Desgraciadamente esto ya es historia antigua (1).

Demasiado conocidos son los resultados de la dominación de los pelucones, por todos cuantos han estudiado la historia de nuestro país (2). En diez años la propiedad había cuadruplicado su valor; y el comercio, la industria y la agricultura tomaron un vuelo que excedía a las más optimistas previsiones; las entradas públicas bastaron para la satisfacción de todas las necesidades y para fomentar eficazmente nuestro progreso; el crédito de la República llegó a colocarse a la altura del de las naciones más solventes de Europa; la honradez y la corrección administrativas lle-

---

(1) En 1850, de los cuatro Ministros que componían el gabinete conservador presidido por don Antonio Varas, tres eran librepensadores y el cuarto no muy creyente; en cambio, en los bancos de la oposición liberal se sentaban dos clérigos (!).

(2) En apreciar este resultado están hoy de acuerdo los que se llaman liberales y los que se llaman conservadores. Para verdades, el tiempo.

garon a ser proverbiales; fué el tiempo en que se hablaba de la honradez chilena; los gobiernos se sentían fuertes y su sucesión regular y ordenada fué un ejemplo único en el continente.

Parecía que del sangriento campo de Lircay había salido un país nuevo, tal era el contraste que presentaba aquella república anarquizada y miserable que vivía entre los escándalos de los motines de cuartel, los vaivenes de las facciones, la inmoralidad o la indiferencia de los gobiernos y aquella nación que para propios y extraños se presentaba como el modelo de la América Latina, cuya fama de corrección y buen gobierno llegó a ser una tradición que desgraciadamente no se ha conservado.

Chile fué el primer país de la América del Sur que tuvo caminos y ferrocarriles (1850), el primero que dió a la instrucción pública un vuelo que honra ciertamente a todas nuestras administraciones, aún en el día. El arreglo y economía de sus finanzas eran verdaderamente admirables; se ejecutaban prodigios con muy poco dinero, pues los encargados de vigilar el tesoro público lo hacían con más celo que si se tratara de sus intereses privados; el desinterés y los servicios gratuitos eran un hecho corriente, en cambio las defraudaciones al fisco no se conocían ni siquiera de nombre (1).

Gracias al vigor de las instituciones, los Ministerios tenían una duración suficiente para que los que los desempeñaban tuvieran un plan fijo y bien concebido. Don Joaquín Tocornal y don Antonio Varas desempeñaron la car-

---

(1) Como un dato edificante reproduzco el final de la memoria de Hacienda de don Manuel Rengifo, en 1843: "Establecido el crédito de la República; aumentándose de año en año el rendimiento de sus rentas; contando con entradas superiores a la suma de los gastos públicos, y teniendo un sobrante atesorado de un millón ochocientos mil pesos, sin traer a cuenta el capital de Estanco, sólo nos queda la obligación de tributar a la Divina Providencia el homenaje de nuestra sincera gratitud, por los dones que con mano liberal se ha dignado concedernos". Esto es advertir que esos dones liberales consistían en una entrada fiscal de tres millones cien mil pesos.

tera del Interior, siete años el primero y seis el segundo; un Gabinete de un año era un fracaso, un accidente desgraciado. En los treinta años que duró la dominación de los pelucones, hubo menos Ministerios que en algunos de nuestros gobiernos de cinco años (1).

Tres presidentes, don Joaquín Prieto, don Manuel Bulnes y don Manuel Montt se sucedieron regularmente gobernando diez años cada uno, lo que no dejaba de contrastar bruscamente con la época anterior, en que los habitantes de Santiago se sorprendían en la mañana con un presidente nuevo proclamado en un cuartel y que en la noche estaba ya derrocado (2).

A medida que la dominación de los pelucones adquiría prestigio y se justificaba a los ojos del país, los vencidos de 1830, abandonados por la opinión, fueron desapareciendo paulatinamente de la escena política. Ya en 1841 cuando apenas habían transcurrido diez años desde su desastre, el escritor liberal don Victorino Lastarria los presenta como un grupo de aventureros políticos, sin más programa que una protesta ciega y desatentada contra todo lo establecido, que buscaban una reacción imposible en nombre de una época que todos recordaban con horror.

Los más conspicuos de sus hombres de gobierno incluso los que habían ejercido la primera magistratura: Pinto, Blanco, Borgoño, fueron plegándose al nuevo orden de cosas; del antiguo partido liberal no quedó en pie de resistencia sino un grupo de conspiradores de cuartel, politiqueros de segundo orden y uno que otro candoroso doctrinario incapaz de comprender el verdadero progreso de los tiempos, y que vivían sólo de las teorías de sus libros y de sus utopías; de este género fueron Vicuña, Infante y otros que nunca llegaron a constituir un partido serio y que sólo pue-

---

(1) (Hubo 12 Ministerios).

(2) Sucedió el caso con el Presidente Sánchez de que ni el recuerdo queda.

den considerarse como los náufragos de un pasado sumergido.

Pero si la dominación pelucona no podía temer gran cosa de parte de sus vencidos émulos, el progreso de los tiempos, en su continua marcha iba a suscitarle enemigos más poderosos.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## VI

### EL NUEVO PARTIDO LIBERAL. DON MANUEL MONTT

Los partidos omnipotentes raras veces conservan una unidad rigurosa. El partido pelucón sólo escapó en parte a esta ley general. Ya en 1835 un grupo de conservadores, entre los que se contaban don Diego José Benavente y don Manuel Rengifo, inició un movimiento que sin programa determinado, parecía tender a una política menos restrictiva y absolutista que la implantada por Portales (1). El nuevo partido se llamó *Philopolita*. Su acción no se extendió fuera de las intrigas de palacio, y la voluntad poderosa de Portales no tardó en anonadarlo por completo.

En 1841, las elecciones presidenciales produjeron un nuevo fraccionamiento dentro del partido conservador. Mientras los *ultra-conservadores* herederos legítimos del sistema de Portales y de los doctrinarios del absolutismo apoyaron la candidatura de don Joaquín Tocornal, el grueso

---

(1) El fin verdadero de esta agrupación política parece haber sido la elección del ilustre ciudadano don Manuel Rengifo como Presidente, en lugar de Prieto, en 1836. Todos saben que Prieto fué reelegido aquel año.

del partido en unión con algunos elementos pipiolo reconciliados con el nuevo orden de cosas, levantó al poder a don Manuel Bulnes que representaba una política de conciliación. Esta campaña no produjo un rompimiento total en el seno del peluconismo, que continuó todavía unido casi todo el período de gobierno que se inauguraba.

Entretanto la ilustración cundía en todas las clases de la sociedad a favor del orden y de la decidida protección que le dispensaba el gobierno. La creación de la Universidad de Chile, la fundación de periódicos literarios y de controversias filosóficas, las enseñanzas de los emigrados argentinos que venían huyendo de las persecuciones de Rosas, produjeron un despertar intelectual que se ha llamado el *renacimiento literario* de 1842.

Era la época en que los partidos del régimen constitucional y parlamentario libraban en Europa sus más enérgicas campañas contra las formas tradicionales de la vieja monarquía. Los libros y periódicos que venían de Europa, estaban impregnados de este nuevo espíritu, y la juventud chilena que empezaba a ilustrarse y a tener gusto por la lectura no tardó en participar del universal entusiasmo por el régimen de libertad, por la intervención directa del pueblo en los negocios públicos, por el parlamentarismo, la independencia de los poderes y las demás garantías que entonces se reclamaban en Europa.

La Constitución chilena de 1833, aunque republicana, había sido promulgada, como hemos visto, principalmente, con el objeto de robustecer la acción del gobierno, y, por lo tanto, contenía disposiciones que no se conformaban del todo con los principios que sobre el equilibrio de poderes venían del viejo mundo. Se pretendía pues su *reforma*.

Así fué originándose lentamente entre la juventud ilustrada el movimiento que después se llamó *liberalismo*, el cual nada tenía de común con el partido vencido en Lircay, pues, por el contrario, había nacido dentro del nuevo orden

de cosas, que consideraba hasta cierto punto legítimo y hasta justificado por los acontecimientos (1).

Naturalmente las aspiraciones de esa juventud contenían principios en su mayoría utópicos que hoy no se atrevería a sostener ningún hombre público, pero que fueron hasta hace pocos años la enseña del partido liberal. Como en un principio se trataba de un simple movimiento académico, sin más medios de acción que la propaganda pacífica, no tuvo por de pronto influencia en la marcha del gobierno ni en la organización de los partidos.

Para dar una cuenta más exacta de las tendencias liberales en su primitiva pureza, reproducimos de un documento de la época las principales reformas reclamadas en 1850:

“No reformar la Constitución porque siempre quedaría mala, sino hacer un nuevo Código con tendencias muy liberales. No hay sitio (2), no hay facultades extraordinarias, no hay reelección, no hay Senado, nombramiento de intendentes y gobernadores a propuesta de sus respectivas municipalidades, el poder supremo judicial elegido por el pueblo y renovado cada cinco años, muy efectiva la responsabilidad de los Ministros del despacho (3), mucha facilidad para obtener el título de ciudadano chileno, más general el derecho de sufragio, ningún privilegio ni monopolio, casi absoluta libertad de imprenta, ningún fuero, mucha facilidad para la formación de las leyes, el título de garantía más extenso y preciso, gran ensanche al poder municipal, etc.”

Como se ve, basta la enunciación de estas reformas para comprender que en un pueblo ignorante y atrasado no podían traer sino desorden y anarquía, como ahora lo hemos

---

(1) Véase a este respecto a Lastarria, uno de los padres del partido liberal.

(2) Llámase así en nuestra Constitución la facultad del Gobierno para suspender el ejercicio de la Constitución en los casos de guerra exterior o revolución interior.

(3) Lo que hoy se llama parlamentarismo.

podido ver con las que desgraciadamente se han llevado a la práctica. Lo cierto es que los que hoy se llaman liberales no se atreverían a firmar el programa de los fundadores del partido, alleccionados como estamos por una experiencia dolorosa.

Como ya se ha dicho, éstas y otras doctrinas semejantes no tuvieron en un principio el carácter de escuela política, y sólo en el segundo período de la administración Bulnes (1846-1851) se originó un movimiento tendiente a hacerlas dominar en el gobierno de la República.

Hasta 1846, el partido gobernante conservó su unidad aplastadora y un prestigio que hacían aparecer ilusoria toda tentativa de quebrantarlo. Fuerte con la victoria y con el apoyo de los hombres más influyentes de la sociedad, tenía además en su favor la prosperidad pública que, con justicia, consideraba como fruto de su sistema de gobierno y de la austeridad y preparación de sus estadistas. Por otra parte sus naturales enemigos, los pipiolos o liberales antiguos, habían concluído por desaparecer casi del todo y no podían ser objeto de serias inquietudes.

Desde fines de la administración Prieto, comenzó a figurar en la escena política un joven modesto, que sin tener consigo las ventajas que dan las riquezas, la posición o el brillo de las espadas triunfadoras, y ajeno también a los halagos de una popularidad fácil, se había conquistado, no obstante, un inmenso prestigio en el seno del partido conservador. Ese joven, ilustre más tarde en la historia de Chile, se llamaba don Manuel Montt.

Frío, severo, doctrinario, respetuoso de las formas legales y convencido e inquebrantable defensor del sistema autoritario creado por Portales y mantenido por la dominación de los pelucones, el señor Montt había llegado a ser en cierto modo la personificación de ese régimen de gobierno. Por otra parte, si estas cualidades podían enajenarle las simpatías del liberalismo naciente, tenía otras que le granjearon el apoyo de hombres para quienes el ade-

lanto de la República debía esperarse más de la paulatina ilustración del pueblo, que de la aplicación inmediata de sistemas especulativos para los cuales el país no se hallaba preparado.

Pero la mayoría de los progresistas y liberales todo lo esperaban de la reforma de la Constitución y de las leyes, y de la ampliación de las libertades políticas; error que debe atribuirse más al tiempo que a los extravíos de los hombres. De consiguiente, Montt llegó a ser una amenaza y un peligro para el liberalismo, que no podía esperar que aquella personalidad vigorosa, de un doctrinarismo severo e inflexible, dejara de ser un obstáculo insuperable para el logro de sus aspiraciones.

El 18 de Septiembre de 1846, al inaugurarse el segundo período de la administración Bulnes, fué nombrado Ministro del Interior don Manuel Camilo Vial, antiguo pelucón de tendencias moderadas y conciliadoras, que había formado parte del grupo filopolita en 1835. Pronto se pudo ver en el nuevo Ministro el propósito de formarse un partido más o menos personal, destinado, al parecer, a contrarrestar dentro del bando dominante la influencia creciente de Montt. Esto bastó para que la mayoría de la juventud letrada y liberal se le mostrara adicta, y este contingente, unido a muchos pelucones que por rivalidades de familia o intereses de círculo no simpatizaban con la escuela de Montt, llegó a hacer peligrar seriamente la causa de este hombre público.

Las elecciones parlamentarias de 1849 se hicieron bajo el dominio de estas tendencias, y, aunque el grueso del partido conservador, alarmado por la propaganda de los principios liberales que se hacía al amparo del Gobierno, organizó una vigorosa oposición electoral, los partidarios del Ministerio quedaron triunfantes por una mayoría que distaba mucho de ser halagadora en tiempos en que la influencia del gobierno era decisiva en las elecciones.

Pero esa mayoría no tenía propósitos fijos ni significaba

el triunfo de determinada escuela política. Así fué que cuando el Presidente retiró el poder de manos de Vial para devolverlo a los pelucones puros (Mayo de 1849), una gran parte de los sostenedores del Ministerio caído fueron adhiriéndose paulatinamente al nuevo Ministerio. Los que permanecieron fieles se organizaron en violenta oposición parlamentaria y fué en esta lucha cuando los conservadores levantaron la candidatura Presidencial de Montt como enseña de combate y de victorias ante el peligro de las instituciones que habían cimentado. •

Tal fué el origen de lo que se ha llamado el nuevo partido liberal, creado con los elementos pelucones afectos a Vial, a los que fueron agregándose algunos restos dispersos del antiguo liberalismo.

Este partido se componía de tres clases de elementos, unidos por el común deseo de derribar la supremacía de Montt, pero que no profesaban idénticos principios. Por una parte, para los amigos personales de Vial la cuestión no era de doctrinas sino de preponderancia. Desconfiaban de Montt y le temían, no porque fuese conservador, pues ellos mismos también lo eran, sino porque pertenecía a otro círculo que el de sus inmediatas afecciones. Los más jóvenes, a su turno, no hacían cuestión de personas sino de principios; suspiraban por el establecimiento de las libertades políticas ideadas en el viejo mundo, y, si detestaban a Montt, era porque lo consideraban un enemigo declarado de semejantes innovaciones. Por último, para los pipiolos recalcitrantes lo principal era vengar el desastre de 1830, y todos los gobiernos que durante veinte años se habían generado de aquel acontecimiento, les parecían igualmente ilegales.

Aun entre los hombres que estaban francamente del lado del peluconismo, había no pocos que hubieran deseado una candidatura menos pronunciada y vigorosa que la de Montt; deseaban un acuerdo con los elementos conservadores que estaban en oposición, uniendo todos los círculos del pelu-

conismo a nombre de alguna personalidad moderada y conciliadora salida del grupo dominante (1).

Aquella solución, que habría evitado el conflicto que luego se produjo, fracasó principalmente por las exageraciones cada vez mayores de la oposición, que obligaron a los conservadores a considerar a Montt como el único capaz de conjurar aquella tormenta de doctrinas utópicas que amenazaba a la sociedad.

En efecto, algunos agitadores habían llevado los nuevos principios, en forma imprudentemente abultada, hasta las clases inferiores de la sociedad que, como era natural, habían permanecido indiferentes a las cuestiones políticas desde los tiempos de la independencia. Se fundaron sociedades con el pretexto de ilustrar a las masas, pero que en realidad tenían por objeto prepararlas para la sedición y los trastornos. Se predicaba constantemente el odio a los ricos y las máximas de una igualdad descabellada e imposible. Se presentaba a los pelucones como explotadores del pueblo, conculcadores de sus libertades e injustos atropelladores de sus derechos, y se incitaba al populacho a recobrarles y a hacer inclinar la balanza política con el peso de todas las pasiones que fomentan la ignorancia y la miseria.

Fácil es comprender cuán peligrosos se presentaban los principios liberales, en boca de una juventud inexperta adoctrinada por ideólogos y declamadores, ante un pueblo incapaz de discurrir lo verdadero y lo falso en las bombásticas arengas de sus improvisados tribunos. Las desigualdades sociales, fácilmente aparecen como el resultado injusto de las usurpaciones de aquellos que gozan sus ventajas. Nada más sencillo que culpar al *gobierno* y a los ricos de los padecimientos de los pobres; la ignorancia acoge fácilmente a las quimeras que halagan sus pasiones, sobre todo en un país en que, por primera vez, el candor in-

---

(1) Los principales sostenedores de esta política fueron don Manuel A. Tocornal y don Antonio García Reyes.

fantil del pueblo oía el ya viejo y gastado idilio de la felicidad que para todos los oradores, de todas las oposiciones, debe necesariamente suceder a los sufrimientos y miserias del presente.

Otro elemento de perturbación vino a agregar nuevos obstáculos a la combatida candidatura de don Manuel Montt. Hemos hablado, al principio de este trabajo, del espíritu provincial que existía en Concepción, donde una aristocracia orgullosa pretendía rivalizar con la de Santiago creando un nuevo centro de acción para la República. Gobernaba aquella provincia en 1850 el general don José María de la Cruz, veterano de la Independencia y pariente cercano del Presidente Bulnes. Ante la discusión que reinaba en la capital, los penquistas creyeron llegada la hora de dar un nuevo Presidente a la República como lo hicieran con Freire en 1823, con Pinto en 1828, con Prieto en 1830 y con Bulnes en 1841. El ejército del Sur debía servir para este objeto si las urnas, por la intervención del gobierno o por otra causa, no daban el resultado apetecido.

Se proclamó, pues, en Concepción la candidatura de don José María de la Cruz, cuyas ideas netamente conservadoras, no estaban en manera alguna en contraposición con las que sostenían los partidarios de Montt. El general candidato se guardó por otra parte de hacer declaraciones imprudentes en materia de principios, para que su pretensión no llegara a ser una amenaza para nadie. Contando con el apoyo de toda la provincia de su mando y del ejército de las fronteras, esperaba ganar para su causa, a los reformistas y liberales de la capital.

Esto fué precisamente lo que sucedió: los opositores de Santiago comprendían perfectamente que nada conseguirían por las vías legales, ya que en aquellos tiempos el gobierno era el árbitro del poder electoral del país, como lo fué hasta 1891. Aunque no se tenían sino razones para dudar del liberalismo del general Cruz, el odio a Montt, que había representado con tanta energía la política conserva-

dora, era bastante fuerte para que desechando preocupaciones doctrinarias, el directorio liberal de Santiago proclamara la candidatura presidencial impuesta por el peluconismo militar de Concepción.

Personalizada así la lucha, la agitación lejos de calmarse, siguió en aumento. A las reuniones subversivas siguieron los desórdenes y muy luego el motín.

En noviembre de 1850 estalló uno en la capital de Aconcagua que fué pronto reprimido, y algunos meses más tarde, en abril de 1851, el coronel Urriola sublevó en Santiago un regimiento. Aquella revolución que creía contar con el apoyo del populacho adoctrinado en los clubes revolucionarios murió, no obstante, ahogada en la indiferencia de la población y en la sangre de su propio jefe.

La contienda electoral se verificó así en condiciones irregulares; la provincia de Concepción votó íntegramente por Cruz, lo mismo que una parte de la de Coquimbo; el resto del país dió a don Manuel Montt una abrumadora mayoría. (junio de 1851).

El candidato vencido no se conformó con el resultado de las urnas que estimó falseado por la presión de las autoridades, y en los precisos momentos en que se instalaba en la Moneda el nuevo Presidente, el ejército del Sur bajo las órdenes de Cruz se pronunciaba en armas contra el gobierno. Una larga y sangrienta guerra civil fué pues el resultado de aquellas estériles agitaciones. Al fin el general Cruz, vencido en Loncomilla, capituló en Purapel, ante el ex presidente don Manuel Bulnes, jefe de las tropas del gobierno. Así terminó la revolución.

Varias son las causas que dieron origen al fracaso de este primer esfuerzo de las doctrinas liberales; ellas se desprenden de los mismos hechos que acabamos de narrar brevemente, pero no podemos menos de hacer notar que el movimiento iniciado en 1849 estuvo entregado en parte a una juventud sin experiencia, cuyas peligrosas quimeras, unidas a su actitud revolucionaria, le enajenaron la sim-

patía de todos aquellos que tenían intereses que defender y que comprendían el valor inmenso que significaba para un país la estabilidad del orden público y de las instituciones. El elemento militar que se introdujo más tarde en la contienda no podía sino agravar los temores y hacer más fundadas las prevenciones.

## VII

### GOBIERNO DE MONTT.—ESCISION DEL PARTIDO CONSERVADOR

Don Manuel Montt supo justificar como administrador público los sacrificios que costaba su candidatura. Continuó con brillo y energía la paciente y silenciosa tarea de las dos administraciones anteriores para consolidar las instituciones e impulsar en todo sentido el progreso intelectual y material del país. Cumple a nosotros dejar constancia de estos meritorios y fecundos esfuerzos concretándonos a la tarea que nos hemos impuesto de trazar un bosquejo de las evoluciones políticas de la República.

Las revoluciones fortalecen de ordinario a los gobiernos que las dominan, pero en 1851 concurren variadas circunstancias a producir un resultado diametralmente opuesto. El largo período de paz interior de que había gozado Chile desde 1830 había suavizado las costumbres políticas, haciendo más humana y conciliadora la acción del gobierno y por lo mismo, más moderadas e inofensivas a las oposiciones. La tradición pelucona se había transformado paulatinamente y al sistema de represión política siguieron durante el Gobierno de Bulnes la simple centralización y

autoritarismo administrativos que, por su misma naturaleza, conservaban enérgico y poderoso al gobierno entre sus subordinados, sin herir ni mortificar las expansiones individuales de la gran mayoría de los ciudadanos.

Acostumbrados a ser éstos regidos sin que se les consultara; sintiéndose la mayoría salvaguardada bajo un poder fuerte, pero honorable y justo, las pasiones partidistas habían llegado a perder gran parte de su imperio, cuando las circunstancias que ya hemos referido, formaron alrededor de don Manuel Montt el círculo de resistencias doctrinarias y de odios personales, que, auxiliados por los últimos restos de las rivalidades provincianas, provocaron la guerra civil.

Esos mismos odios, empapados en sangrientos recuerdos, venían a entrar ahora en el juego de la política, en los precisos momentos en que un hombre de hierro, de opiniones decisivas e inquebrantables, subía con su avasalladora personalidad, al elevado puesto que, el carácter suave y accesible del Presidente Bulnes, había logrado colocar por encima de las tempestades de la opinión.

La tradición autoritaria encarnada en don Manuel Montt, corría pues riesgo de quebrarse, antes que contemporizar en lo menor con las exigencias de los tiempos. Con Cruz el antiguo peluconismo se había acaso perpetuado en la forma conciliadora, moderada y progresiva que soñaba don Manuel Antonio Tocornal; con Montt no cabían sino dos sistemas, el de Portales, con toda su pureza, o la definitiva disolución del peluconismo.

Esta es la gloria y el escollo de todos los doctrinarios que poseen un gran corazón y un gran carácter que poner al servicio de su creencia.

Sin duda los elementos conservadores eran en Chile lo bastante fuertes para seguir dominando largo tiempo todavía (1); pero para esto eran necesarias dos circunstan-

---

(1) Don Manuel Montt creyó hasta su muerte que sin su reelección en 1856, el antiguo partido pelucón habría gobernado treinta años más con todo su prestigio y haciendo grandes bienes al país.

cias; la primera, una política, si no de debilidad por lo menos de olvido que fuera atrayendo al campo conservador los disidentes que habían apartado la lucha en parte personal de 1851; la segunda, que el Presidente de la República hubiera cuidado con atención tan escrupulosa como la que prestó al buen Gobierno de su país, el no desatender el eje principal de la política conservadora, esto es, el apoyo de las clases dirigentes rodeando al ejecutivo. Las autocracia por sí sola y sin este apoyo, no puede ser sino un gobierno de accidente; una simple voluntad por poderosa que sea no puede pretender otra cosa.

Desgraciadamente una personalidad tan acentuada como la de Montt no podía resignarse a semejante interpretación práctica de la carta de 1833. En su concepto, Loncomilla era un nuevo Lircay, y transigir con los vencidos le habría parecido lo mismo que autorizar la anarquía. Dentro de su propio partido, como todo hombre de opiniones decisivas buscaba el apoyo de los más dóciles y no de los más fuertes. Así, durante su Gobierno sin reconciliarse a ninguno de sus antiguos enemigos, acabó por minar su prestigio, por debilitar la adhesión que le profesaban los pelucones de Santiago, que se sentían con derecho para influir en los destinos del país, y ser algo más que simples instrumentos en manos de un gobierno personal. El enfriamiento de relaciones entre Montt y los círculos de la clase dirigente fué así acentuándose poco a poco, sin que esto proporcionara al gobierno mayores fuerzas en el liberalismo, a quien una actitud severa, había llegado a convertir en irreconciliable.

Difícil habría sido no obstante la ruptura con una aristocracia acostumbrada a ver durante tantos años en el ejecutivo la égida protectora del orden y el principal instrumento del progreso y de la tranquilidad. Pero el escaso acuerdo que existía entre el gobierno y su principal apoyo social, fué causa suficiente para que un incidente vulgar en sí mismo, pero trascendental en sus consecuencias, di-

solviere repentinamente el antiguo partido conservador y transformase por largos años la fisonomía política de la República.

Hasta el año 1857, las pasiones religiosas no habían perturbado felizmente todavía el criterio político, ni desempeñado un papel de importancia en el movimiento de los partidos. La unidad católica del país se mantenía casi inalterable, y, el libre pensamiento, si bien tenía ya algunos secuaces, no tendía a formar escuela política; preciso es añadir que tampoco la religiosidad formaba partido. Los pocos que por una u otra parte intentaron servirse de las creencias o de la irreligión como instrumentos de poderío, no encontraron eco, y mucho menos pensó estadista alguno formar agrupaciones políticas en nombre de las opiniones religiosas de la nación.

Sentábase en la silla metropolitana de Santiago, un prelado por muchos títulos ilustre, a quien cupo no obstante desempeñar en nuestra historia, la triste misión de introducir en el juego de los partidos, la cuestión religiosa, que tan pocos bienes y tantas perturbaciones ha traído para la República. Dotado de grandes virtudes personales y de eminentes cualidades de gobierno el señor Valdivieso poseía un alma de hierro, una energía incontrastable, un carácter dominador, casi altanero, orgulloso de su poder moral, con la conciencia de que tenía en sus manos un arma formidable, en la influencia casi omnímoda que el espíritu religioso ejercía sobre las conciencias.

El poder de la Iglesia como el poder civil se hallaban pues personalizados en dos hombres aperecidos para la lucha, igualmente autoritarios y convencidos de su omnipotencia, entre quienes el menor incidente podía, en cualquier instante, encender una lucha implacable. Y en efecto, las enérgicas sombras de Montt y de Valdivieso se pasean todavía, después de medio siglo, sobre la arena de nuestros partidos, entre los cuales dejaron huellas indelebles.

La constitución de la República, las tradiciones del par-

tido conservador, el asentimiento casi unánime de los chilenos y de una gran parte del mismo clero, habían respetado hasta entonces el sistema de patronato en las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Estas regalías, que el gobierno de la República estimaba legítimamente heredadas de los monarcas españoles, colocaban al clero bajo la tutela y soberanía del gobierno civil. No entra en nuestro objeto discutir la legitimidad y la conveniencia de esta doctrina, pero es necesario reconocer que antes de 1857 la tendencia ultramontana no contaba partidarios sino en una parte del clero y entre los redactores de "La Revista Católica". Si algún seglar hubiera sostenido la independencia absoluta de la Iglesia dentro del Estado, sus opiniones habrían sido consideradas antirrepublicanas. El mismo señor Valdivieso había reconocido el patronato al sentarse en la silla metropolitana de Santiago.

Sin embargo, el clero se sentía fuerte y aspiraba a la libertad, acaso también a la supremacía. Acercábanse los tiempos de organizar bajo nuevas bases la legislación del país y era importante para el elemento eclesiástico que en la constitución civil del Estado su lugar fuera ventajoso. Los problemas que necesariamente habían de presentarse, la libertad de cultos, el patronato, el fuero eclesiástico, no podían escaparse a la previsora sagacidad del enérgico prelado que gobernaba la iglesia chilena, y buscando el buen éxito, en la lucha que veía venir optó por el peor de los caminos, el de hacer pesar su poder religioso en las contiendas políticas, coadyuvando a la formación de un partido afecto a los intereses del clero; cuyo lamentable resultado sería quebrantar la fe y perturbar o destruir los partidos meramente civiles, en nombre de las cuestiones teológicas.

Las tendencias del prelado no tardaron en encontrar un pretexto para revelarse y hacerse públicas. Suscitóse un litigio de competencia entre el Arzobispo y el cabildo eclesiástico sobre la destitución de un sacristán de la Catedral de Santiago (1856), perdida la causa de los canónigos ante

los tribunales eclesiásticos, hicieron uso del recurso de fuerza, especie de apelación a los tribunales civiles, reconocida por la legislación patronatista; el Arzobispo se negó a someterse a esta jurisdicción, resistiéndose abiertamente contra la autoridad civil, cuyas decisiones creía no le alcanzaban; el gobierno consideró esta actitud subversiva, pues tendía a sustraer de la soberanía nacional al clero, que se encontraba formado de ciudadanos y habitantes de la República.

Inmenso fué el escándalo producido por este conflicto en la católica población de Chile. Con razón o sin ella, el señor Valdivieso era presentado como una víctima, como un perseguido, y el clero y la gente devota miraban ya a Montt como un sucesor de los emperadores romanos que martirizaban a los cristianos. Comparaciones tan exageradas y grotescas como éstas no son de extrañar en el apasionamiento de aquella primera lucha religiosa entablada en este país, libre hasta entonces de tan tristes perturbaciones.

Una buena parte de los pelucones, cuyo primer afecto por su jefe se había entibiado notablemente por las causas que ya hemos señalado, tomó el partido del arzobispo y se separó del gobierno. Probablemente el celo religioso era en muchísimos de ellos un pretexto para la ruptura con un hombre del cual no se creían suficientemente considerados, pero el hecho es que el Presidente se encontró de pronto en lucha contra su propio partido, contra el clero y contra el partido liberal, cuya oposición en nada había amenguado sus iras.

Tal fué el triste fin del antiguo partido conservador. Ahora nuevas pasiones van a entrar en lucha. Un accidente religioso con que no había contado al constituirse, lo mataba en plena salud. Pero sea que se considere o no como una fatalidad necesaria la introducción de las cuestiones teológicas en el organismo político chileno, era una necesidad deplorable como lo veremos muy luego.